

EL CONCURSO GENERAL Y SU PAPEL EN LA FORMACION DE LAS ELITES UNIVERSITARIAS FRANCESAS EN EL SIGLO XIX (PRIMERA PARTE)

por JACQUES CHAMPION

Profesor asistente en ciencias de la educación de la Universidad de Ciencias Sociales de Grenoble.

Este riguroso estudio muestra a qué grado ha estado penetrada la cultura en Francia por el apego a las lenguas antiguas —el latín y el griego—, y en que forma la lengua francesa ha ido gradualmente reivindicando el lugar preeminente que le corresponde en la formación de los jóvenes espíritus.

Esta es pues la historia de las mutaciones de una institución educativa conservadora —el Concurso General—, que chocó con el advenimiento de los tiempos modernos.

*Vendrá un día en que sentiremos que
tenemos con seguridad menos necesidad de saber
el griego y el latín que el malabarés o
el árabe.*

Abate de Saint-Pierre
(1658-1743)

UNA MASA DE DOCUMENTOS

Al buscar recientemente un cuerpo constituido por exámenes de alumnos, con el fin de emprender un estudio sincrónico y diacrónico de la enseñanza de la redacción francesa desde hace más o menos un siglo, creí poder hallar con facilidad algunos exámenes del *baccalauréat*.^{*} Pronto me di cuenta que, aparte uno o dos de estos publicados cada año por *Le Figaro* y *Le Monde*, con bastante regularidad desde 1945, resultaba imposible recopilar una serie histórica y

* La enseñanza primaria francesa consta de cinco años: undécimo, décimo, noveno, octavo, séptimo; la enseñanza secundaria, de siete años: sexto, quinto, cuarto, tercero, segundo, primero y el terminal (anteriormente, retórica, filosofía o matemáticas especiales), culmina en un examen final: el *baccalauréat* (bachillerato). (N. del T.).

estadísticamente utilizable dirigiéndose a los liceos, a los archivos departamentales o a las oficinas del *baccalauréat*.¹

Por el contrario y para gran sorpresa nuestra, centenares de exámenes del Concurso General conservados desde el principio del siglo XIX, estaban depositados en los Archivos Nacionales de Francia; otros exámenes premiados habían sido encuadrados manuscritos (están conservados en la biblioteca de la Sorbona, junto con otros numerosos documentos sobre la fundación, la reglamentación y las cuentas del Concurso, para el periodo comprendido entre 1744 y 1790). Los exámenes originales del siglo XVIII han desaparecido, en parte durante la Revolución, en parte junto con los del Imperio anteriores a 1809, durante el incendio de la prefectura del Sena, bajo la comuna de 1871. No obstante, algunos han llegado hasta nosotros, impresos en los libros de Anales, publicados regularmente desde 1825.²

UNA INICIATIVA PRIVADA DESVIADA DE SU FINALIDAD POR EL ESTADO CENTRALIZADOR

Sabemos que el Concurso General fue instituido por un legado, otorgado a la Universidad en 1733 por el abate Louis Le Gendre, canónigo de Notre-Dame de París, pero acatado hasta 1747, tras varios procesos con sus herederos. Ese legado instituía una especie de juegos cuatrienales, comparables a los Olímpicos o a Juegos Florales, pero en los cuales los premios “serían otorgados a las personas de cualquier sexo, de cualquier nación, estado o profesión, que hayan efectuado las tres más bellas piezas en versos heroicos franceses, de por lo menos cien; las tres más bellas odas latinas, de por lo menos diez estrofas de cuatro versos. . . y las tres más bellas piezas de música. . .”

Por tanto, en la intención de su instigador, un concurso internacional debía compensar cada cuatro años a los “atletas”, en primer lugar de la cultura francesa en verso y en prosa, ya fuesen mujeres o extranjeros, luego a los de la versificación latina, a semejanza de Horacio en su oda “Odi Profanum vulgus et arceo”, y finalmente a los de la música, con tal de que cantasen “las alabanzas a la nación o a algunos de los grandes que ésta ha producido en la Iglesia, en la espada, en la magistratura, en las ciencias y las artes”.

Ahora bien, los ejecutores del testamento y los donadores siguientes, los Coffin, los Collot y el todopoderoso Estado centralizador, el borbónico, el jacobino, tanto el napoleónico como el republicano, desviaron la voluntad del testador de su propósito primitivo por lo menos dos veces; en primer lugar reduciendo el Concurso a un *test* anual del valor escolar de los candidatos, alumnos únicamente de los colegios parisinos para niños a todos los niveles de la enseñanza secundaria; luego, al quererlo como consagración de la formación y de la cultura clásicas, es decir latina y griega, y al apartar de la retórica la prueba de discurso francés hasta 1881.

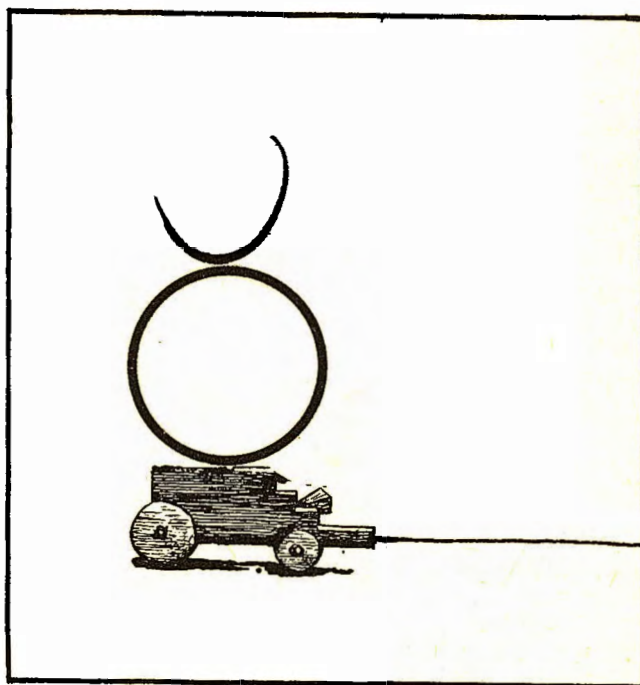
A partir de 1747, se pide en el Concurso: un discurso en latín, un discurso en francés, una versión griega y una pieza de versos latinos para la retórica, una traducción inversa al latín, una pieza de versos latinos y una versión griega para la clase de segundo, una traducción inversa al latín y una versión latina y una griega para la de tercero. Inaugurado y coronado de este modo por una distribución de premios muy solemne y muy oficial, en la que un profesor leía un discurso habitual en latín, el Concurso prosiguió su carrera

sin interrupción hasta 1794, año en que fue suprimido junto con la Universidad que lo había creado, hasta 1801. El Primer Cónsul, y luego el Emperador, lo extendieron a todas las clases secundarias, lo enriquecieron con materias científicas, le otorgaron sus cartas de nobleza y su escrupulosa organización. No fue suspendido hasta 1815 y 1817, luego suprimido de 1904 a 1921 —veremos por qué— y finalmente suspendido en 1968, a raíz de los acontecimientos que todos conocen. Desde entonces ha reanudado una vida un tanto lánguida.

UNA DURA PRUEBA QUE CORONA LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

En todo caso, la prueba del Concurso era temible y exigía excepcionales cualidades de resistencia y de aplicación, e incluso un talento a toda prueba, lo cual explica también su prestigio. Cada prueba comenzaba por la misa a las cinco de la mañana, durante el Antiguo Régimen, a las seis posteriormente, y duraba hasta las cuatro o las seis de la tarde según los casos. Debió ser limitada a las cinco de la tarde a raíz del celo de ciertos candidatos que la prolongaban indefinidamente.³

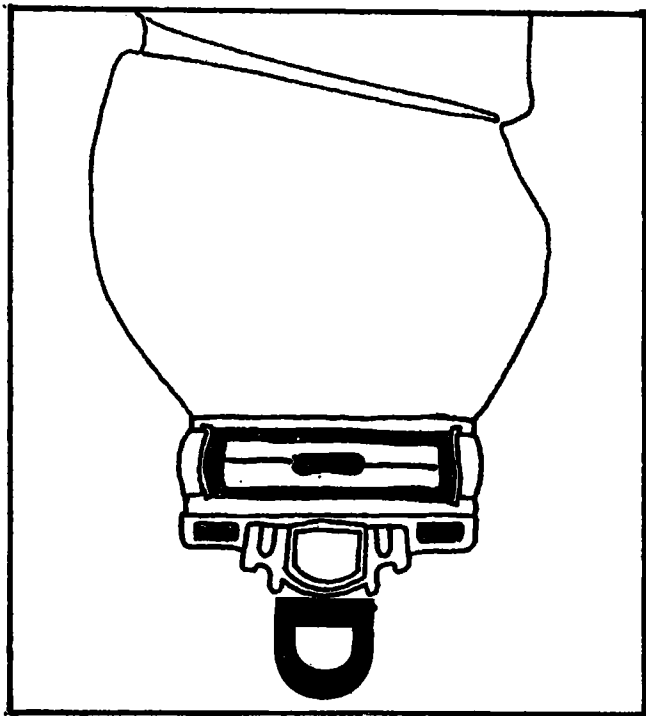
¿Quién era admitido a participar? Los alumnos designados por los regentes de clase en el siglo XVIII; y por los directores del instituto de enseñanza media a partir de 1803. Tan sólo se exigía el acta de nacimiento o su equivalente, ya que los límites de edad fueron muy estrictos desde 1850



(al principio no existían para la retórica). Esos límites eran pues de 18 años para la retórica, 19 para la filosofía, matemáticas elementales y física 1er. año; 19 años para las matemáticas especiales y física segundo año. La edad límite en clase de sexto era de 13. años, y en quinto de 14; en retórica, los reprobados o los veteranos tenían derecho de presentarse a los 19 y 20 años. En 1859, los límites de edad fueron retrasados, por tanto fijados entre 15 y 21 años.

A partir de 1805, como durante el antiguo régimen, todas las clases de la enseñanza secundaria fueron convocadas a participar; pero en 1848 se suprimió el sexto año; en 1852, el quinto; y en 1880, el cuarto, a raíz del aumento considerable del número de candidatos para las otras clases.

Además de los liceos y colegios de París y de Versalles, cuyos nombres cambiaron en el curso de la historia política,⁴ fueron admitidos a participar sucesivamente los liceos de provincia y de los departamentos y las clases de la enseñanza especial y moderna; luego, desde 1864, las divisiones preparatorias a los concursos de entrada a las grandes escuelas, como la Normal Superior, la Escuela de Derecho, la Escuela Central, en 1873 el Politécnico, en 1881 Saint-Cyr...⁵ En efecto, los laureados del Concurso se beneficiaban ya de la exención del servicio militar y de la entrada gratuita a la Comedia Francesa. También se les atribuían bonificaciones para los concursos precisados. Pero sólo podían aprovecharlas una vez, en



calidad de veteranos en retórica o en filosofía, o en matemáticas elementales.

¿Cómo funcionaba ese sistema de veteranos? El reglamento del Concurso de 1744 se expresa así: "...es costumbre que varios alumnos reprueben su retórica, y que la reprueben tan sólo porque ya hayan tenido éxito en el Concurso el año anterior, lo cual les da una ventaja considerable sobre los nuevos. (Este no es el caso en las clases de segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto, en las que se reprueba generalmente por no haber sido suficientemente bueno el año anterior.) Es por esta razón que se tiene la costumbre de distinguirlos en la distribución de premios, de manera que si esos veteranos predominan sobre los nuevos, los premios que les son otorgados no impiden que los nuevos tengan los suyos, mientras que si los nuevos pasaran delante de los veteranos, éstos no tendrían nada". A continuación siguen algunas medidas concretas que tienen como fin evitar que alguien pueda beneficiarse dos años seguidos de un premio en detrimento de un concursante meritorio.

LA CORONACION DE LAS ELITES Y LA GRAN FIESTA DE LA UNIVERSIDAD

La emulación se extendía por añadidura de los individuos a los grupos. Las listas de premios contenían comparaciones para cada materia entre los liceos de París, y luego entre los de París y los de los departamentos. Los nombres de los profesores e incluso los de los pasantes figuraban en los exámenes al lado de los del liceo de origen.

El marqués de Beauchesne, a su vez laureado, principal historiador del Concurso a principios de nuestro siglo, se complace describiendo algunos episodios memorables de las distribuciones de premios, por ejemplo la de 1752, en la que el mismo "atleta" obtuvo en retórica tres primeros premios y repletó las columnas de la *Gazette de France*: "El primer presidente del parlamento lo coronaba con sus propias manos después de haberlo abrazado."⁶ El espíritu elitista está ahí, en esa invitación al combate sagrado de las letras entre los liceos de París primero, y luego también entre los de los departamentos; los candidatos son, propiamente dicho, unos "atletas" como en los Juegos Olímpicos, según el vocablo grecolatino adoptado por los documentos originales. En el "mandatum rectoris", de 1747, no se habla más que de "certamina", "praelia" (incruenta illa quidem), "pugna", "victor", "victoria", así como de "palmae", "praemia", "merita", tras de haber

obtenido la victoria en ese noble combate pacífico. Y la viñeta que adornaba la lista de premios de las distribuciones rezaba en el siglo XVIII: "Inimicus virtute superabis."

De esta manera, el Concurso adquirió un lugar tal en la vida nacional francesa que el poder no cesó de honrarlo. En 1839, la familia real completa asistió al coronamiento de su príncipe laureado, el duque de Aumale; en 1867, Victor Duruy se propone incluir los exámenes coronados en la Exposición Universal del campo Marte: consagración internacional del Concurso. Bajo la III República, el ministro de la Instrucción Pública aprovechaba la distribución de premios para exponer sus proyectos; en 1881, Jules Ferry comentaba la gran reforma en curso que debía abrir la escuela a "la nación que trabaja, que produce, la democracia industrial, agrícola y comerciante"; en 1890, Léon Bourgeois afirmaba por el contrario querer "mantener una enseñanza clásica sin destinación profesional". ¿Pero cuáles eran pues esas élites distinguidas por el Concurso y al cual habían ilustrado con su espectacular éxito? Según uno de sus más ardientes defensores⁷ en un principio fueron unos buenos discípulos de la "retórica pseudo-clásica", que por entonces reinaba en los estudios universitarios: un amplificador como Thomas, un crítico un poco pedante como La Harpe, un compilador como Noël, un versificador como Delille, "y sobre todo ese retórico que erró su vocación y se llamó Maximilien de Robespierre".

Más importantes para nuestro autor fueron, en el siglo XVIII, los Turgot, los Calonne, los Héroult de Séchelles, los Camille Desmoulins, en política; los Burnouf y los Lavoisier en ciencia; los Nicolle y los Legris-Duval, en religión; los Lebrun, los Mollien, en administración, aunque se olvida de André Chenier en poesía. Pero recuerda que el Concurso, acusado injustamente de haber formado espíritus sin carácter y sin originalidad, tuvo como laureados en el siglo XIX a Alphonse Karr, los dos Goncourt, Charles Baudelaire y Camille Pelletan. En 1878, Abel Hermant se clasificaba al lado de Jean Jaurès, según su propio comentario. También premia a Casimir Périer, los De Broglie y los De Vogüe, Théodore Reinach coronado en 1878 en casi todas las facultades; en 1879, René Doumic, que acababa de ser recibido primer lugar en la Escuela Normal Superior.

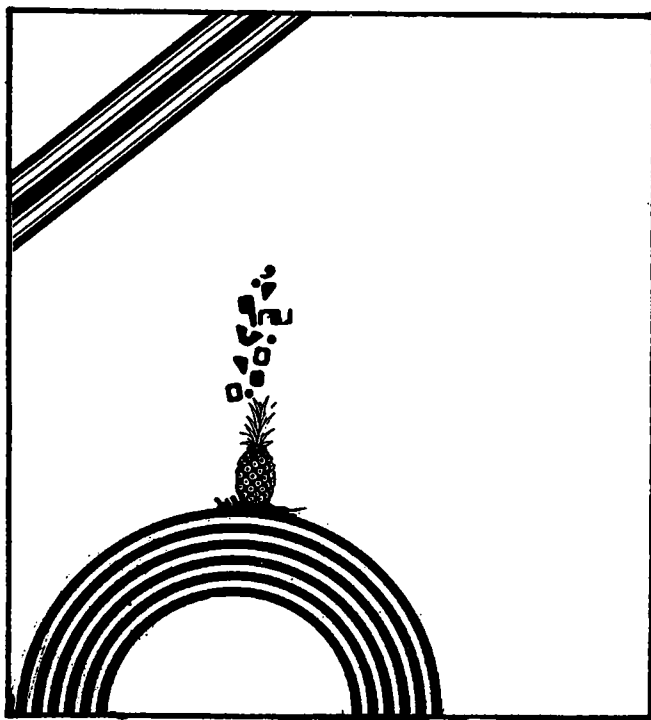
Durante el siglo XIX, afirma De Lanzac: "la mayoría de los parisinos de origen o de adopción, llamados a sobresalir en las carreras más diversas" comenzaron figurando en las listas de los laureados del Concurso.

Los miembros de la alta enseñanza lo son en su gran mayoría, desde Michelet, Saint-Marc, Girardin y Sainte-Beuve, hasta Jules Lemaître, Villemain, Scribe, Victor Cousin. . . pasando por Taine y Prévost-Paradol.

Entre los periodistas, se destacan Sarcey y About; entre los escritores, Victor Hugo, coronado en matemáticas, Alfred de Musset, en latín como Baudelaire, Emil Faquet, Paul Bourget, Jules Lemaître, Emile Augier, Octave Feuillet; entre los hombres políticos de todos los matices: Montalembert, Drouyon de Lhuys, Blanqui, Marcelin Berthelot, Sadi Carnot, Paul Painlevé, André Tardieu, Edouard Herriot; entre los hombres de iglesia, Gratry, Baudrillart; entre los filósofos, Lachelier, Emile Boutroux, Henri Bergson, Ravaisson; entre los sabios, Cauchy, Littré, Le Verrier, Evariste Galois, Louis Pasteur, Henri Poincaré.

"LA AGONIA DEL CONCURSO GENERAL"

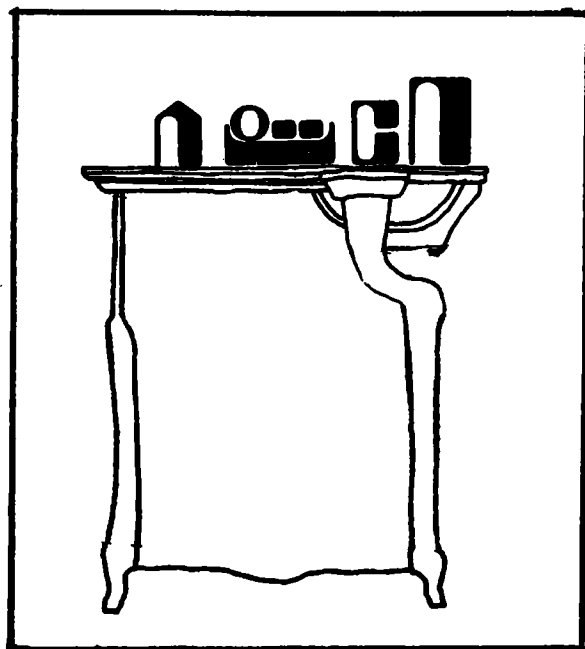
Tal es el título de un artículo del periódico *Le Siècle* publicado el 28 de julio de 1888 y que enumera las razones de una deseable supresión del Concurso, señalando que su propósito era primitivamente el de "mantener el nivel de estudios excitando la emulación entre los primeros alumnos de cada liceo". Pero desde hace unos diez años, el ardor elitista se había apagado a raíz de la importancia que habían tomado en el espíritu de los candidatos otros exámenes, sobre todo el



baccalauréat para los nuevos en retórica y en filosofía, el de la Escuela Normal Superior y las becas de licenciatura para los veteranos y el de Normal Superior y Politécnico para los alumnos de matemáticas especiales.

Los ataques se multiplican en los años siguientes y mientras el ministro de la Instrucción Pública lleva a cabo una encuesta entre los directores de institutos de enseñanza media y los profesores de los liceos parisinos, la Cámara de Diputados discute unos créditos atribuidos al Concurso el 6 de febrero de 1903. Esta votará por ellos para un año más, pero el relator Louis Vigouroux exige la supresión del Concurso cuya "inutilidad es admitida por hombres competentes..."; pero desea que la fiesta de la universidad sea mantenida. Los informes de los directores de institutos de enseñanza media parisinos acerca del voto de los profesores, son en su mayoría favorables a la supresión que ocurrirá a raíz del voto del Consejo Superior de la Universidad del 22 de abril de 1904 (28 votos a favor de la supresión, 16 en contra).

Lavisse es el que mejor resume las críticas dirigidas al Concurso, durante esa sesión: el programa y el espíritu del Concurso General, explica, se confundían antes con los de las clases normales, pero hoy en día hay nuevos métodos y programas a los cuales el Concurso no se adaptó, sobre todo en lo concerniente al espíritu científico que anima, en facultad y en las grandes escuelas, los estudios históricos y literarios; sin embargo, el Concurso cultiva aún el género clási-



co oratorio. Esas diferencias, añadidas al aumento en los programas, provocan tanto en los alumnos como en los profesores un agotamiento intolerable y una fiebre que desfavorece a los estudios en los liceos.

Consideramos que este juicio debe ser estudiado más a fondo y vamos a tratar de profundizar los datos.

Nos parece que no es indiferente que el Concurso haya sucumbido en dos ocasiones, en 1794 y en 1904, a una puesta en tela de juicio de la cultura clásica y de su humanismo greco-latino por el desarrollo del espíritu científico y de la especialización. Es por esta razón que ahora quisiéramos estudiar la evolución del Concurso, en el seno de la enseñanza secundaria, de la cultura clásica a la enseñanza moderna, así como la querrela del latín y del francés que está en el centro de esa evolución, para ver en seguida cómo la enseñanza literaria sigue siendo tributaria, según la expresión de E. Lavisse, del "género clásico oratorio".

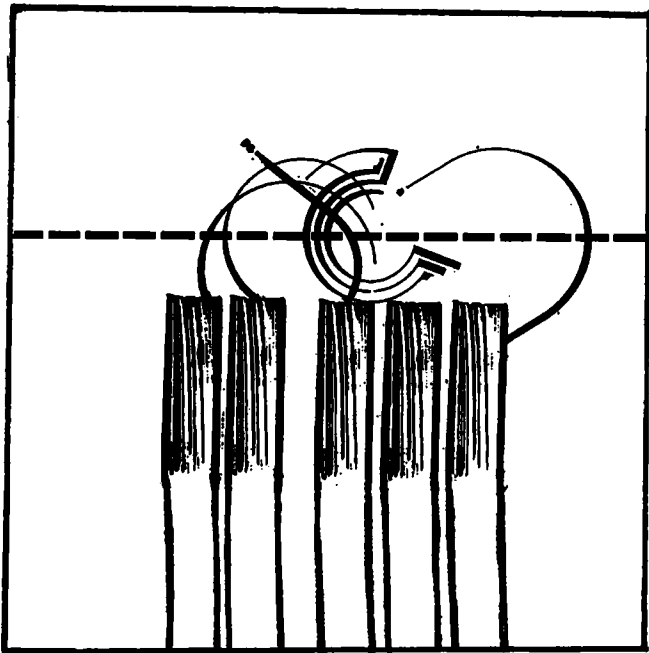
DE LA CULTURA CLASICA A LA ENSEÑANZA MODERNA

Para el Concurso General, el periodo heroico del siglo XVIII (1747-1793) es la consagración del triunfo de la cultura greco-latina: tan sólo uno de 10 exámenes es dedicado al francés propiamente dicho; ninguna prueba es reservada a las ciencias, aun hasta 1811. Como lo ha mostrado Falcucci,⁸ y aunque los jesuitas hayan sido expulsados de Francia en 1762, el humanismo clásico que profesaban en sus colegios "fue lo bastante fuerte para excluir de los estudios todo humanismo por las ciencias". La querrela de los antiguos y los modernos se llevó a cabo en el exterior y tuvo que venir la Revolución para que el movimiento científico recibiera "su plena expresión escolar en las escuelas centrales". Y el Concurso General sucumbió junto con la vieja universidad. No fue resucitado hasta el restablecimiento de la enseñanza secundaria clásica bajo el Consulado y prosperó bajo la Restauración con el renacimiento de los Colegios Reales. En ese momento sufre más transformaciones de programas que de métodos. Examinemos pues ese periodo que va de 1805 a 1904, en el que distinguiremos tres fases históricas:

1. De 1805 a 1851 se extiende un periodo de compromiso prudente y progresivo entre las ciencias y las letras, en el que la cultura clásica tendía a abrirse hacia el mundo moderno. Aunque hay

que señalar que en esa época se incluía en las ciencias, además de las matemáticas, la física y la cosmografía, a la filosofía y la historia. Ahora bien, el Concurso no acoge a las matemáticas y la física más que en clases de matemáticas especiales y de matemáticas elementales a partir de 1811, la cosmografía en retórica a partir de 1833, así como la geometría y la química en segundo, la aritmética en tercero, la historia natural en cuarto y tercero. En cuanto a la historia, fue introducida primero en las clases de gramática bajo forma de historia antigua, para facilitar el estudio de los textos de la antigüedad greco-latina.⁹ La historia moderna y la historia medieval no hacen más que una breve aparición de 1822 a 1833, la una en retórica y en segundo, la otra en tercero. Finalmente, sabemos que de 1821 a 1829 la filosofía tuvo que ser enseñada obligatoriamente en latín, y que la prueba de discurso latín figuraba al lado de la de discurso francés a partir de 1821 en clase de filosofía (de 1811 a 1821, había sorteo entre el latín y el francés).

2. Se puede considerar que en el periodo de 1852 a 1891 se asiste a una separación más nítida entre las ciencias y las letras en los programas. En primer lugar, gracias a la "bifurcación" en la secundaria, instituida por el ministro Fortul en 1852, y que se traduce en el Concurso General por la introducción, en retórica y más abajo, de tres tipos de pruebas: unas propias a los literarios (latín-griego), otras propias a los científicos (matemáticas-física), y otras más comunes a ambos (francés-historia-geografía-lenguas vivas). Induda-



blemente prematura, esa reforma fue criticada severamente por los inspectores generales y por el cuerpo docente de los liceos, mal preparado para impartir una enseñanza moderna. Desde entonces, se busca separar esa enseñanza de la enseñanza clásica. Victor Duruy, ministro de Napoleón III, inspirándose en un antiguo proyecto de su predecesor Salvandy (1845-1847), crea la enseñanza secundaria especial destinada a esa nueva categoría de alumnos que aspiraban a las profesiones industriales y comerciales. Un cuerpo especial de profesores será formado en la Escuela Normal de Cluny, abierta en 1865. Un título de catedrático especial aparece en 1866. Finalmente, unos temas especiales son propuestos en el concurso general en matemáticas, física, química, moral y literatura francesa.

Como lo mostró más tarde Léon Bourgeois,¹⁰ la enseñanza especial era un compromiso ambiguo entre la enseñanza clásica y la profesional, pero, al crear en su lugar la enseñanza secundaria moderna sin latín, Léon Bourgeois se proponía no tanto dotar a Francia de la enseñanza profesional que tanto necesitaba, como democratizar la formación humanista liberándola del latín y del griego.

De hecho, durante ese periodo los esfuerzos efectuados para extender la formación moderna en la secundaria habían fracasado; la enseñanza especial, que no alcanzaba a más de 22 000 alumnos en 1890, se había desarrollado "en el sentido de una enseñanza clásica moderna" según la expresión de Léon Bourgeois. En cuanto a la enseñanza clásica propiamente dicha, ésta había sido reforzada debido a que las reducciones de horarios efectuadas entre 1885 y 1890 beneficiaron al latín y al griego en detrimento de las otras materias.¹¹

3. Es por esta razón que en el periodo siguiente, de 1892 a 1902, las dos secciones ejercieron una influencia recíproca, y se evolucionó hacia una unidad de lo moderno y de lo clásico. Esto aparece nítidamente en el programa de pruebas del Concurso General, a partir de 1891: introducción de las matemáticas en clase de filosofía y sobre todo en retórica clásica; recíprocamente, aparece la composición francesa en segundo y en tercero modernos. A partir de 1897, se distinguen dos secciones modernas:

a) moderna-letras cuyo programa es común al de la clase de filosofía (salvo en física), con una disertación filosófica en francés, una prueba de historia y una de historia natural (¡!);

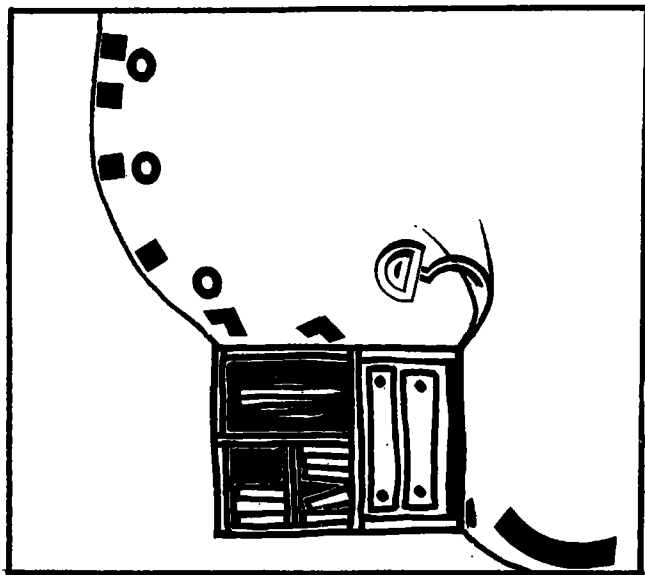
b) moderna-ciencias, cuyo programa es común

al de matemáticas elementales: matemáticas, física y química, disertación moral.

También la retórica clásica se moderniza mediante el mantenimiento de las pruebas de matemáticas.

La reforma de 1902 y el espíritu que la inspiró debían asestar el golpe fatal al Concurso General. El propósito de esa reforma, largamente preparada por los trabajos de la comisión Ribot y promulgada por Georges Leygues, era, según este último, el de afirmar "la unidad fundamental, la orientación común de los estudios secundarios, aboliendo las denominaciones de clásico y de moderno que no logran más que perpetuar una funesta rivalidad"; y añadía que "toda enseñanza secundaria digna de ese nombre debe ser a la vez clásica y moderna".¹³ De hecho, la reforma erró su fin y creó una ruptura de equilibrio en detrimento de las secciones cuyo programa era más cargado y que fueron abandonadas por los alumnos: sección clásica A (latín-griego) y sección C (latín-ciencias).¹⁴ De este modo, la reforma imponía una especialización prematura al nivel de la clase de segundo, lo cual permitía a los clásicos denunciar su espíritu primario y cientifista. La guerra de 1914 retrasó la busca de un mejor equilibrio pero la balanza se inclinó una vez más en favor del retorno a las fuentes greco-latinas en los años 1920, en los que se asistió al restablecimiento del Concurso General.

"Le concours général et son rôle dans la formation des élites universitaires au XIX^e siècle"
REVUE FRANCAISE DE PEDAGOGIE, No. 31, abril-mayo-junio de 1975



Notas

1 Esta investigación ha sido conducida en el marco de nuestro proyecto de tesis de estado, registrado en la Universidad de París V, en junio de 1971, sobre: "La pedagogía del francés: impregnación antigua y cultura moderna (con el profesor Snyders)."

2 Editado por Brédif o por Hachette, desde 1830; luego, hasta 1903, por Delalain Hnos, impresor oficial de La Sorbona.

Los anales de los temas y de los exámenes impresos, publicados en 1825 y en 1827, conservaban algunos exámenes de antes de la Revolución, sobre todo de los discursos latinos o de los discursos franceses, para los años de 1751, 1757, 1763, 1777, 1788. (. . .)

Las bibliotecas de universidades de provincia también poseen algunas compilaciones oficiales.

3 Los jóvenes de las clases de gramática no comenzaban evidentemente hasta las 8 o las 9. Hoy en día la duración de las pruebas no excede 6 horas, como es el caso para las pruebas de título de catedrático y de los grandes concursos, Normal Superior, por ejemplo.

4 Los colegios reales o liceos imperiales o liceos de Estado que recibían externos eran admitidos a concursar al lado de los colegios privados que presentaban internos, como los colegios Stanislas, Rollin, Sainte-Barbe, Chaptal. Cada año se establecían calificaciones según el número de laureados coronados, entre los colegios y los liceos: los liceos Condorcet (llamado Bourbon, luego Bonaparte), Saint-Louis (antiguo colegio de Harcourt), Louis le Grand (antiguo colegio de Clermont, luego Descartes), Henri-IV (llamado Comeille en 1848), Charlemagne, de nombre inamovible, y el colegio de Versailles; y después de 1887: Lakanal, Janson de Sailly, Michelet en Vanves.

5 El Concurso de los departamentos tuvo dificultades para imponerse, debido a los problemas que planteaba su organización. Primero se pensó, para hacer una evaluación nacional de los resultados, imponer en todas partes los mismos temas, el mismo día (Salvandy, 1838). El proyecto fue vuelto a poner en consideración en 1848. Finalmente fue Victor Duruy quien estableció en 1864 un Concurso separado para los departamentos y para París y Versailles; el Concurso de los departamentos comprendía dos grados: un Concurso entre liceos y colegios de una misma academia (concurso académico), cuyos laureados se presentaban al Concurso General de los departamentos. Los concursos académicos fueron suprimidos en 1880, pero la distinción entre el Concurso de París y el del departamento subsistirá hasta 1923. Entre tanto, se había creado una prueba especial de redacción francesa para las colonias, que era corregida durante las vacaciones y cuyos resultados eran proclamados un año más tarde (Albert Sarraut y Léon Bérard, 1921).

6 Marqués de Beauchesne. Los laureados del Concurso General del departamento de la Mayenne. Laval-Coupiil, 1905, biblioteca de la Sorbona HF Us 39, in-8o. p. 6.

7 L. de Lanzac de Laborie, autor de un opúsculo sin fecha, depositado en la biblioteca del INRDP, bajo la ficha D. 1566, y que nos fue amablemente prestado. Su título: *La supresión del Concurso General*, hace suponer que fue escrito en 1904.

8 Ver bibliografía sumaria a fin de artículo.

9 La geografía del mundo moderno no fue introducida hasta 1821, y para servir de comparación a la geografía de la antigüedad! (Ver Falcucci, pp. 136 y ss.)

10 Discurso en el Senado, 9 de junio de 1890.

11 Falcucci, p. 408.

12 Señalemos sin embargo que una hora y media por semana era consagrada a las matemáticas, a cambio de 12 horas para el francés, latín y griego. . .

13 Falcucci, p. 508.

14 Las otras dos secciones: B (latín-lenguas) y D (ciencias-lenguas) estaban mejor equilibradas.